



¿Qué Ocorre en Irak?

Coronel (R) John D. Waghelstein, Ejército de los EE.UU.

La guerra de guerrillas es tan incongruente con los medios y costumbres naturales de una sociedad estable y próspera que el Ejército de los EE.UU. ha manifestado la tendencia de considerarla como fuera de la norma e ignorarla siempre que fuera posible. Entonces cada nueva experiencia con las guerras irregulares nos exige aprender de nuevo técnicas apropiadas.

—Russell F. Weigley¹

NADIE DEBE sorprenderse ni sentirse pasmado que el Ejército de los EE.UU. experimente dificultades en Irak. Pareciera que existe algo en el ADN del Ejército que en su historia no le permite prepararse de manera seria para abordar los problemas de insurgencias o el análisis de estos conflictos hasta ser finalmente demasiado tarde.

La mayoría de los ejércitos al perder una guerra comienza de nuevo el proceso de planificación y análisis situacional—por ejemplo, los alemanes [después de la I GM]. A la inversa sin importar los resultados de una guerra en la cual estamos involucrados, nos hemos concentrado a nivel institucional en las guerras convencionales y hemos despreciado habitualmente el análisis de las exigencias de las “guerras pequeñas”. Tales exigencias pueden ser resumidas en la moderación durante las campañas, paciencia respecto al aspecto prolongado del conflicto y minimizar en vez de maximizar la utilización de la potencia de fuego para la obtención de objetivos limitados.

Sin embargo, los recientes acontecimientos han obligado a las FF.AA. a rever la manera en que realizan sus operaciones. Están entonces en el proceso de combinar los tres principios de las operaciones mili-

tares en lugar de los de la guerra—la perseverancia, moderación y legitimidad—junto con los nueve principios tradicionales de guerra para crear una categoría completamente nueva compuesta de 12 principios de operaciones conjuntas. Para los veteranos de las guerras previas pequeñas, la combinación de estos principios es, de alguna medida, una admisión semi-amarga de una ignorancia miope de muchos años. El Ejército reconoce, aunque tardíamente, que lo que hemos estado destacando desde siempre respecto a la aplicabilidad de estos tres principios de las operaciones militares era normalmente importante.

Sin embargo, algunos en el Ejército aún insistirán en distinguir entre los principios de la supuesta guerra tradicional y aquellos de la contrainsurgencia (*COIN*), como si los conflictos de la guerra de guerrillas son nada más que aberraciones y no deben ser tratados por el Ejército. Esta opinión predomina aunque la historia claramente demuestra que la mayoría de las guerras norteamericanas han sido más bien pequeñas.

Por lo tanto, ofrezco las siguientes reflexiones tanto como recuerdo y aviso—especialmente para los oficiales jóvenes—acerca de los peligros que pueden resultar de las predisposiciones establecidas en la cultura de las FF.AA. como los que he personalmente observado y experimentado. Espero que, de alguna manera, estos recuerdos mantengan al Ejército, tanto el actual como el futuro, bien alejado del callejón sin salida en el cual hemos entrado anteriormente muchas veces.

Bona Fides

Comienzo con una descripción de mis capacidades profesionales preexistentes en esta esfera. Tengo treinta años de experiencia operacional con conflictos

de baja intensidad, operaciones especiales y apoyo de seguridad. Esta fue adquirida durante dos periodos de servicio en Vietnam y cinco en América Latina. Durante mi servicio, fui el Comandante de unidades de fuerzas especiales del Ejército de los EE.UU. a todos los niveles desde los destacamentos “A” (Capitán) hasta los grupos (Coronel).

Asimismo, fui el Comandante de un equipo móvil de adiestramiento en la República Dominicana, asesoré un batallón de infantería aerotransportado en Bolivia, fui el líder del Grupo Militar de los EE.UU. en El Salvador y el oficial ejecutivo para el Comandante en Jefe del Comando Sur de los EE.UU. Adicionalmente, enseñé en la Escuela de Comando y Estado Mayor del Ejército de los EE.UU. (ECEM), la Escuela Superior de Guerra del Ejército y la Escuela Superior de Guerra Naval durante los últimos quince años. Tengo una Maestría en Relaciones Internacio-

Nadie debe sorprenderse ni sentirse pasmado que el Ejército de los EE.UU. experimente dificultades en Irak. Pareciera que existe algo en el ADN del Ejército que en su historia no le permite prepararse de manera seria para abordar los problemas de insurgencias o el análisis de estos conflictos hasta ser finalmente demasiado tarde.

nales de la Universidad de Cornell y un Doctorado en Historia de la Universidad de Temple. Como estudiante y profesor, he concentrado mis estudios y atención principalmente en las guerras de pequeña escala, teoría militar, historia militar norteamericana y relaciones entre los EE.UU. y América Latina.

Durante mis treinta años de experiencia en contra-insurgencias, me he encontrado continuamente con líderes militares que creen que un guerrero idóneo debe prepararse principalmente para combatir en la próxima guerra convencional. Opinan que todas las otras formas de combate son simplemente secundarias. Creo que esta opinión persiste aunque el Ejército en gran parte ha combatido en guerras contra fuerzas irregulares, guerrillas, partisanos, rebeldes, tribus nativas americanas y otros enemigos no convencionales. Esta ignorancia bien establecida no es ninguna novedad. A partir del General George Washington,

quien mostró un gran desdén hacia las fuerzas irregulares y operaciones partisanas, el Ejército institucional ha tendido principalmente a considerar las guerras de pequeña escala como distracciones de la tarea principal de prepararse para combatir en grandes operaciones convencionales.

Como consecuencia de este hecho, cuando el Ejército salió de Vietnam—a pesar de 12 años de participación continua (una duración más prolongada que las de la I GM, II GM y la Guerra Coreana combinadas)—no obstante, por alguna razón, decidió ignorar estos acontecimientos desagradables como para ser considerados no dignos de análisis, como si ignorar la experiencia de Vietnam lo vacunaría contra involucrarse nuevamente en otros conflictos turbulentos. Como consecuencia de ello, los que debieron combatir en las guerras de pequeña escala de los EE.UU. (después de la Guerra de Vietnam) también debieron en gran parte combatir de manera innovadora por medio de aprender y volver a aprender las lecciones de forma mínimamente sistemática, sin tener la oportunidad de aprovechar la doctrina modificada de *COIN* ni la educación formal del sistema educativo del Ejército.

Aún cuando comencé una carrera de tres décadas que me proporcionaría una experiencia continua en los supuestos conflictos de baja intensidad, me di cuenta profundamente que existía algo malo—que el sistema no parecía sacar provecho de las lecciones difícilmente ganadas a través de contraatacar las insurgencias, ni tampoco parecía querer hacerlo. Unos cuantos ejemplos demuestran el problema.

Vietnam: una experiencia fracasada

Cuando salí de Vietnam después de mi primer periodo de servicio en 1966, ya tenía más de cuatro años de experiencia en operaciones de contra-insurgencia, tres años en América Latina con el 8° Grupo de FF.EE. y un año con el 5° Grupo de FF.EE. Nos encontrábamos en el primer año de nuestra intervención en la guerra. Debido a mi capacidad y experiencia, me di cuenta que algún día yo volvería a Vietnam. Sentía la urgente necesidad de regresar al Fuerte Benning, Georgia, para sacar provecho del adiestramiento disponible para la infantería ligera. Yo quería desarrollar las técnicas profesionales que realmente emplearía en la guerra—los hombres bajo mi mando merecían lo mejor.

Para un oficial de las FF.EE., el Fuerte Benning en aquella época era el único lugar que proporcionaba algún tipo de adiestramiento referido a cómo tratar con las insurgencias—el mismo que verdaderamente necesitábamos para combatir en la guerra de aquella

Departamento de Defensa



Soldados norteamericanos desembarcan rápidamente de helicópteros para completar el envolvimiento de un batallón Vietcong durante una operación cerca de Saigón, 29 de julio de 1968.

época. No obstante, el arma de infantería intentó mandarme al Fuerte Knox, Kentucky, para prepararme a ser parte “del verdadero Ejército en Europa”, donde predominaban la infantería mecanizada y las unidades blindadas. Sin embargo, volví al Fuerte Benning después de quejarme asiduamente. Yo pensaba que la lógica predominaba hasta el momento de llegar a Georgia, donde ocurrieron dos acontecimientos que ejemplificaron mi gran desconexión con la parte dominante de las FF.AA. y que la parte dominante de las FF.AA. no tenía ni idea respecto a la característica real de la guerra en el sudeste de Asia.

Primero, a pesar de nuestra participación en una guerra real, no existían esfuerzos por modificar el currículo de estudio para analizar las realidades del conflicto que muchos estudiantes enfrentarían a corto plazo. La poca instrucción que se impartió a los estudiantes acerca de guerras irregulares e insurgencias fue filtrada a través del “conocimiento convencional.” En otros términos, los instructores trataron con *COIN* como si fuera algún ejercicio de táctica de pequeñas unidades. Por ejemplo, nos informaron que la compleja amenaza de la subversión, el asesinato e la intimidación conducida por un vietcong bien encubierto y atrincherado podrían ser desarrollados por medio de “emboscar la infraestructura.” Como asesor de subsector/distrito recientemente regresado, opinaba

que este enfoque era casi completamente estúpido y estaba bien dispuesto a expresarlo así.

Casi un tercio de los estudiantes en el aula estuvieron en Vietnam y los demás iban a ser desplegados allá en lo inmediato. Un grupo de los que habíamos servido en Vietnam opinábamos que sería beneficioso aprovechar de algunas experiencias reales, a diferencia de la información que los instructores—entre los cuales había pocos que habían servido allá—nos proporcionaban. Como resultado, decidimos ofrecer algunas clases durante la hora del almuerzo acerca de temas pertinentes, tales como las relaciones entre contrapartes, las realidades en la República de Vietnam, el empleo de armas de fuego indirectos en los pantanos, el verdadero rol del asesor, los indicadores de actividades insurgentes en aldeas, etc.

Para llevar a cabo estas discusiones, obtuve la autorización para usar un aula desocupada, publiqué un horario de forma extraoficial y comencé a completar el aula de voluntarios. Las discusiones fueron muy concurridas y apreciadas. Los panelistas comentaron cándidamente, hasta a veces irreverentemente, y dedicaron una mayor parte de la clase para preguntas. Entre aquellos que estaban por desplegarse por primera vez allá predominaba un sentido de urgencia. Las sesiones parecían ser tan útiles y fueron muy concurridas que decidí grabarlas en caso de que alguien

no pudiera participar de las mismas o por si quisiera escuchar de nuevo cualquier sesión.

Después de aproximadamente un mes, uno de los asistentes del comandante me cuestionó acerca del programa. El “jefe” quería saber lo que hacíamos. Le explique nuestro objetivo y los temas que tratábamos y le proporcioné una lista. Preguntó si me ofendería que un representante de la oficina del comandante asistiera a las sesiones. Le contesté que sí me ofendería. Le informé que estas sesiones se desarrollaban de manera flexible y libre sin un currículo rígido y hasta a veces brutalmente honesta y sin mucha sincronización con la doctrina establecida. Le informé que el objetivo era solamente proveer una perspectiva verdadera para nuestros compañeros de clase y la presencia de cualquier representante de la oficina del comandante estorbaría el proyecto. Me pidió una copia de las cintas magnetofónicas. Respondí que le proporcionaré una.

Primero, a pesar de nuestra participación en una guerra real, no existían esfuerzos por modificar el currículo de estudio para analizar las realidades del conflicto que muchos estudiantes enfrentarían a corto plazo. La poca instrucción que se impartió a los estudiantes acerca de guerras irregulares e insurgencias fue filtrada a través del “conocimiento convencional.”

Cuando faltaba poco para la graduación, le pregunté si las grabaciones tuvieron buena acogida. Después de cierto tiempo, me permitió recogerlas. Con algún temor, abrí la caja de cintas (eran de esas anticuadas, de cuatro pistas sonoras y carretes) y leí las críticas: “Cinta Número Uno, Pista Número Uno—ruido de fondo...Cinta Número Dos, Pista Tres—unas variaciones de volumen...” No sabía si enfadarme o reírme. Después de todos los alborotos y preocupaciones acerca de que una rebelión se estaba a punto de iniciar en contra la Escuela de Infantería y su doctrina, lo que les preocupaba verdaderamente era la calidad técnica de las cintas y no su contenido primordial.

Tal vez me hubiese reído más que preocupado, sin embargo aquel acontecimiento me impresionó como un momento simbólico: Obviamente, no nos tomaron

en serio a nosotros ni los temas que abordábamos. Parecía que las opiniones de unos veteranos recientemente regresados de una guerra prolongada— a la cual muchos de nosotros iríamos a ser desplegados en breve—fueron fácilmente ignoradas por aquellos aparentemente responsables de prepararnos para este conflicto.

El punto ciego del Ejército

El segundo acontecimiento que me convenció que el Ejército no tomaba en serio la insurgencia fue la manera en que trataba con las críticas acerca de nuestro proceso de preparación para Vietnam. El Capitán Phil Werbisky, un amigo de muchos años y el oficial que me inspiró para integrarme a las FF.EE. en 1962, regresó de su periodo de servicio de tres años en la Republica de Vietnam. Él había egresado un año antes que yo y no se había entendido en absoluto con su comandante habiéndolo ofendido por medio de su propuesta de ensayo titulado: “El fracaso del esfuerzo de asesores de los EE.UU. y la Republica de Vietnam.” La sensibilidad era tan aguda y la mentalidad predominante tan obtusa que su comandante le ordenó abstenerse de escribir cualquier comentario acerca de la ineficiencia de los asesores.

Esta situación fue más bien escandalosa. Leí el borrador de Werbisky y consideré de gran valor las observaciones y análisis para aquellos que estudiaban seriamente qué debemos hacer para lograr la victoria en Vietnam. Como consecuencia, implementé una estratagema para que su ensayo sea admitido y entregado a aquellos que sacarían provecho del mismo. Reformulé el ensayo sin su título incendiario.

Recolecté los datos empleados en la investigación de Werbisky, entre ellos las contribuciones de Frank Scotton—nuestro experto del programa de Apoyo de Operaciones Civiles y el Desarrollo Revolucionario (*Civil Operations and Revolutionary Development Support—CORDS*) en la Republica de Vietnam—, y las de John Paul Vann, un crítico respetado pero intenso sobre la forma en que se conducía la guerra. Expresé con otras palabras la información del ensayo de Werbisky antes de someterlo bajo el título de “The U.S. Army Sub-Sector Advisor-RVN” (El asesor del subsector del Ejército de los EE.UU.-Republica de Vietnam). Es sorprendente el impacto que puede tener el cambio de un título en un ambiente políticamente correcto. El ensayo avanzó a través del sistema sin ningún comentario. Desafortunadamente, a pesar de los datos bien fundamentados y la credibilidad de los colaboradores, ninguno parecía particularmente interesado en las conclusiones acerca del fracaso en la preparación de nuestros asesores para el combate total en el nivel del distrito.

Departamento de Defensa



Tanques M60 pertenecientes al 4º Batallón 63ª División Blindada son transportados vía trenes para participar en el ejercicio Reforger III de la OTAN, 6 de octubre de 1971.

Tres tipos de fuerzas

Opino que estos dos ejemplos representan la típica mentalidad castrense de negación institucional al esperar que la pequeña guerrita “repugnante” en Vietnam simplemente desaparezca. El programa de adiestramiento consecuentemente carecía de un enfoque apropiado ya que era más bien disfuncional, siendo su método de análisis e implementación difícil de entender. Por ende, al final enviaron tres tipos de fuerzas para combatir en la Guerra de Vietnam: unidades de combatientes regulares, las Fuerzas Especiales y los asesores del Comando de Apoyo Militar de Vietnam (*Military Assistance Command Vietnam-MACV*).

Unidades de combatientes regulares. Estas eran organizadas, equipadas y adiestradas para combatir en las grandes guerras convencionales en Europa. Los que tomaron las decisiones en los EE.UU. suponían que estas fuerzas eran capaces de conducir una guerra de guerrillas, sin tener armas nucleares, con un bajo nivel de tecnología y de forma convencional en las selvas del sudeste de Asia. Como resultado, mandaron grandes unidades de combate, caras y sumamente destructivas a Vietnam debido a la opinión incorrecta de que las mismas podrían, con sólo una superior potencia de fuego y movilidad, derrotar una fuerza guerrillera mal armada y apoyada por una fuerza convencional de tercera categoría desde Vietnam del Norte. En comparación con una gran variedad de

otros errores, esta suposición fue el principal fracaso de la Guerra de Vietnam.

Fuerzas Especiales, los integrantes del segundo grupo, fueron bien preparados para cumplir su misión de liderar a los miembros de la tribu conocida como Montagnard y otros nativos para llevar a cabo las operaciones especiales y de interdicción en las zonas fronterizas de Laos y Camboya. Sin embargo, dejando de lado las leyendas románticas e imágenes de Hollywood, el número de las FF.EE. resultó ser insuficiente y limitado con respecto a la amplitud de su misión para afectar seriamente la guerra que vivían.

Los asesores MACV, el tercer grupo, consistieron en dos tipos: asesores al nivel subsector/sector, y aquellos otros asignados para las unidades de combate vietnamitas. Opino que estos hombres fueron la clave del éxito, no obstante no fueron completamente bien empleados ni provisionados.

De estos dos tipos, los asesores de unidades estaban mejor preparados debido a que sus misiones eran de naturaleza castrense. El éxito del asesor de una unidad de combate dependía de su capacidad de proporcionar apoyo aéreo y de artillería. El asesor del subsector/sector debía cumplir una misión más difícil, para la cual estaba mal preparado. Los jefes de sectores y subsectores ocuparon posiciones políticas sumamente importantes. Combatieron en una guerra

total al nivel de base y cumplieron una variedad de tareas, de las cuales solamente 20 por ciento fueron totalmente de naturaleza militar.

Los asesores de los jefes estuvieron limitados por sus estatutos para apoyar sólo en los aspectos castrenses de estas misiones. Por ende, aunque el rendimiento de los asesores fuese alto, solamente podían apoyar a sus colegas vietnamitas parcialmente. El enfoque del esfuerzo de los asesores norteamericanos a este nivel crucial político/militar se concentró esencialmente en los aspectos militares hasta 1967, año en que el Embajador Robert W. Komer estableció el programa *CORDS*.

De todas formas, el hecho que estábamos allá para asesorar a los jefes de distritos vietnamitas era una idea ridícula. En 1965, fui Comandante de un destacamento de FF.EE. en Khe Sanh, con una misión

Desafortunadamente, a pesar de los datos bien fundamentados y la credibilidad de los colaboradores, ningunos parecía particularmente interesado en las conclusiones acerca del fracaso en la preparación de nuestros asesores para el combate total en el nivel del distrito.

adicional de ser asesor de distrito/subsector. Tenía que ayudar a mi contraparte a combatir en esa guerra. Esto significaba proporcionarle apoyo de artillería, apoyo aéreo y dedicarme a “las otras tareas propias del Ejército.” El jefe de sector de la *MACV* me avisó que entrometerme en los aspectos no castrenses de la guerra no tenía nada que ver con mis deberes establecidos en el estatuto. Si me entrometía en los aspectos políticos de la guerra, surgirían problemas que afectarían mi carrera.

Mi contraparte fue un Mayor en el Ejército [Sur] Vietnamita y uno de los mejores oficiales con los cuales he servido. No solamente trabajaba bien con la población predominantemente Montagnard, sino no manifestaba ninguno de los prejuicios particulares de los vietnamitas de las tierras bajas en contra de la mencionada tribu. Este oficial manejó el mejor distrito que yo jamás haya visto en mis dos periodos de servicio allá. Designó al Jefe de los Montagnard como su lugarteniente, trabajó incansablemente para abordar los problemas sociales, políticos y

económicos. Transformó el distrito de Khe Sanh en un sitio peligroso para los vietcong. Asimismo, me educó acerca de los pormenores de las operaciones de contrainsurgencia al nivel básico.

Yo tenía tres años de experiencia de *COIN* en América Latina dónde los insurgentes demostraron una estupidez crónica y fatal al servilmente seguir el modelo de insurgencia de Che Guevara y Fidel Castro. Se les podía derrotar fácilmente al desplegar unidades de combate mejor adiestradas. En Asia sureste, nos ocupamos de un enemigo inteligente, bien organizado y sumamente motivado. La *COIN* en Vietnam fue totalmente diferente. Exigía la aplicación de todos los elementos de poder nacional, no sólo aquéllos de las FF.AA.

De esta manera, yo saque más provecho de la relación profesional con este oficial que él de mí. Lo que aprendí eventualmente de esta experiencia fue que el Ejército de los EE.UU. no tenía ningún interés en progresar más allá de los aspectos puramente militares de *COIN* (si aun existe tal cosa).

La experiencia en Fuerte Benning me convenció que teníamos grandes problemas, no sólo debido a la orientación convencional del programa de estudios sino también debido al enfoque incorrecto del Ejército respecto a la guerra [en Vietnam]. Concluí que los asesores, que debían ser considerados como un equipo principal, no lo eran. Los aspectos no castrenses del conflicto fueron separados de nuestros deberes y existía una suposición agobiante que las unidades de combate norteamericanas deberían vencer principalmente por medio de su potencia de fuego.

De regreso a las aulas

Después de graduarme, regresé a América Latina para poder intentar una vez más eliminar los castristas. Durante este periodo de servicio fui asesor de un batallón aerotransportado boliviano cumpliendo al mismo tiempo el rol de instructor en la Escuela de Armas boliviana, serví como el oficial de operaciones de la 8ª Fuerza de Acción Especial en Panamá y manejé el 9º Batallón de Operaciones Psicológicas en el la Zona del Canal. Regresé nuevamente a Vietnam para cumplir otro periodo de servicio siendo luego desplegado nuevamente a Panamá.

En 1977, fui instructor de la Escuela de Comando y Estado Mayor del Ejército de los EE.UU. en Fuerte Leavenworth. Basado en mis experiencias anteriores con respecto a la enseñanza de *COIN*, asumí la responsabilidad de aquel minúsculo fragmento del programa de estudios dedicado al mismo (aunque el título del curso en aquel entonces se cambió a Combate de Baja Intensidad (*LIC*). Ya, antes de esto, los EE.UU. habían salido de Vietnam. Después de haber



Soldados del Ejército de los EE.UU. se preparan para realizar una búsqueda de una casa en Samarra, Irak, 2 de octubre de 2004.

gastado (mediante el empleo de nuestra potencia de fuego de manera “decisiva”) más balas que las que fueron usadas durante la II GM, abandonamos nuestros aliados a los norvietnamitas y nos replegamos de manera vergonzosa.

En 1977, el programa de estudios de *LIC* en la Escuela de Comando y Estado Mayor sólo consistía de 40 horas de un total de 1000 horas de instrucción. El mismo representaba una falta de interés por parte del Ejército. Los instructores de *LIC* eran un grupo divertido y no eran considerados una amenaza seria en contra de los discípulos de la filosofía Combate Aéreo/Terrestre del General Don Starry. Nos dejaron en paz. Consultamos el librito de Jeffrey Race, *War Comes to Long An*, y analizamos el Tercer Mundo como el teatro principal de operaciones en el futuro.² Analizamos unos modelos de insurgencias, hablamos de “Mao” y “foco”, y así mantuvimos vivo el interés acerca del tema.

Nuestra facultad de *LIC* estaba integrada por expertos regionales, por lo tanto teníamos alguna credibilidad al analizar los ámbitos de conflicto en el futuro. El comandante, el General Robert Arter, disfrutó de nuestras clases y nos permitió manejar nuestra parte irrisoria del programa de estudios. Sin embargo, la libertad de la cual gozamos resultó ser de poca duración. Cuando el General William Richardson llegó en 1979, la parte de *LIC* se redujo a sólo 9 horas. El análisis de Combate Aéreo/Terrestre predominaba

por todas partes y nuestras experiencias de Vietnam y *COIN* llegaron a ser ignoradas.

Un despertar lento. El síndrome de pos-guerra de Vietnam se realizó de manera curiosa. Durante los años que siguieron inmediatamente después de la guerra, no se manifestaba casi nunca la crítica interna del enfoque principal del Ejército hacia las guerras convencionales de Europa. Era una característica innegable de las revistas profesionales y de las instituciones educativas del Ejército. Sin embargo, a medida que se borraba la guerra de la conciencia del Ejército y del currículo, y mientras se aumentaba el número de movimientos guerrilleros a través del mundo, de vez en cuando publicaban un artículo crítico. Fueron rarezas hasta el redescubrimiento de la Guerra de Vietnam durante la década de los 80. Junto con este redescubrimiento, se publicaron algunos artículos en revistas profesionales y otros medios de comunicación que criticaban a las FF.AA. debido a su actitud de no haber adiestrado ni educado apropiadamente a sus oficiales para abordar los desafíos relacionados con los conflictos de baja intensidad.

La falta de entendimiento y preparación del Ejército para la Guerra de Vietnam fue el tema del libro de Komer, *The Bureaucracy Does Its Thing* en que destacó: “No podemos entender completamente lo que hicimos en Vietnam a menos que se lo considere simplemente una forma de ejercer nuestras pericias militares al demostrar los resultados de nuestras

capacidades y experiencias. Estos límites institucionales con respecto a cómo nuestras fuerzas fueron adiestradas, aprovisionadas y estructuradas, en gran parte determinaron nuestra reacción. El hecho de que la doctrina, tácticas, equipo y organización de las FF.AA. norteamericanas se formularon principalmente para llevar a cabo las operaciones de una manera requerida por la OTAN o durante la Guerra Coreana—un conflicto convencional intenso en un ambiente de combate relativamente sofisticado—dificultó la realización de cualquier otra cosa.”³ A partir de entonces, otras perspicaces obras temáticas de guerras pequeñas empezaron a ser publicadas. Tal vez la mejor de estas fue *The Army and Vietnam* en que el Mayor Andrew Krepinevich analiza de manera minuciosa el fracaso del Ejército en cuanto al adiestramiento y aprovisionamiento de sus soldados para combatir en la guerra de aquel entonces.⁴

El síndrome de pos-guerra de Vietnam se realizó de manera curiosa. Durante los años que siguieron inmediatamente después de la guerra, no se manifestaba casi nunca la crítica interna del enfoque principal del Ejército hacia las guerras convencionales de Europa.

Volver a combatir de manera convencional.

Aunque el Ejército se concentró poco en las lecciones de *COIN* en general y de Vietnam en particular durante los fines de los 70 y los principios de los 80, existía alguna esperanza para aquellos dedicados al estudio de este tema hasta entonces un tanto “oculto” de que esta disciplina importante no habría sido completamente ignorada debido a la evidencia fastidiosa de apoyo soviético para las revoluciones populares en lugares como África, Asia y América Central. Además, después la caída del muro de Berlín, el desmoronamiento de la Unión Soviética y cuando Cuba acabó de exportar agresivamente [su revolución], opinamos que existiría menos razón para la continuación de la obsesión resuelta de prepararnos para el combate en grandes guerras convencionales.

No obstante, a pesar de las circunstancias cambiantes del mundo, persistía la opinión en las FF.AA. de que *COIN* era “una distracción ridícula de lo que los ejércitos realizaban verdaderamente.” Esta tendencia

fue reforzada cada vez más por los siguientes acontecimientos. La Operación *Desert Storm* corroboró lo que fue dicho anteriormente “la manera norteamericana de hacer la guerra.” Las revistas profesionales, particularmente las que se concentraban en el poderío aéreo y el Combate Aeroterrestre, alabaron el “camino hacia el futuro” y declararon que “así es la manera en que se debe combatir en la guerra”.

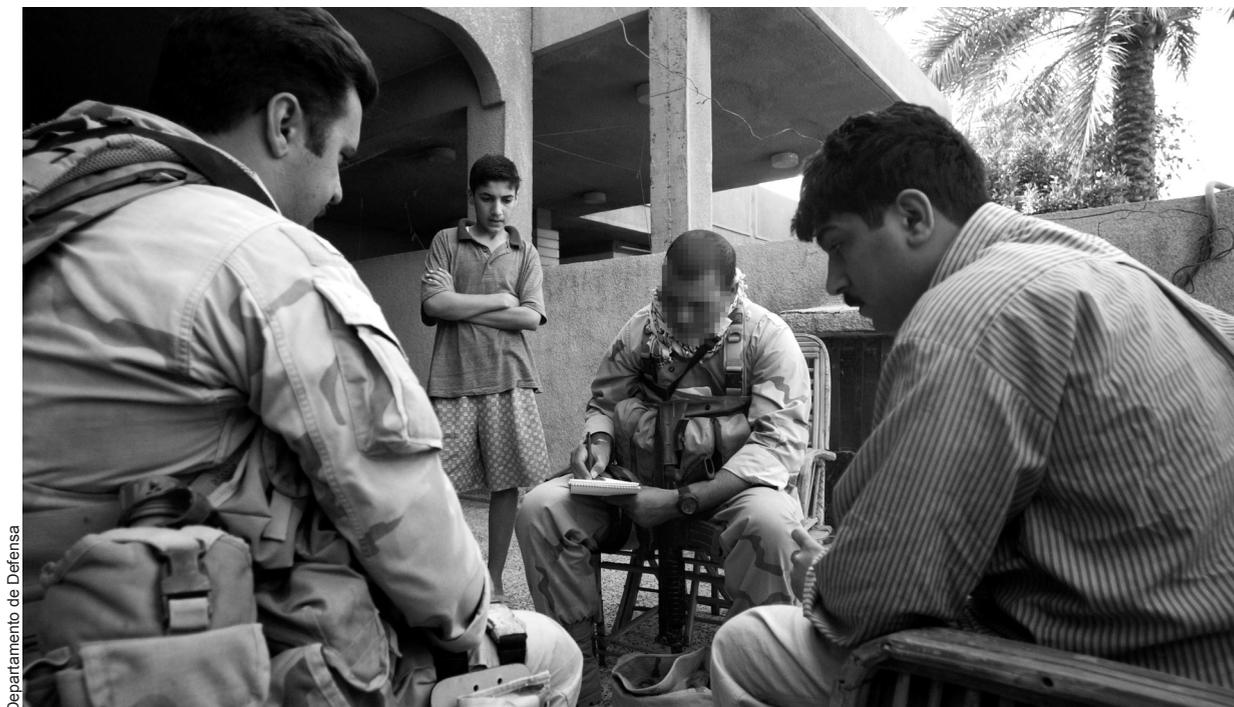
Prognosis

¿Acaso, cuál es el pronóstico del problema respecto a la aversión hacia las *COIN* de hoy en día? Hace mucho que cayó el telón de acero. El enfoque de grandes guerras convencionales no predomina más y aún hoy nos encontramos de nuevo encarnizados en una insurgencia violenta y en muchos aspectos mal preparados para abordar un sinfín de dimensiones propias de estos conflictos. En gran parte, esto radica en la opinión institucional de las FF.AA. que los conflictos actuales son nada más que distracciones temporales de algún enfrentamiento final principal con un enemigo aún indeterminado.

Entretanto, las realidades actuales y experiencias recientes de nuestro sistema educativo son preocupantes. Estas guerras matan de manera metódica a soldados e integrantes de la Infantería de Marina (sin mencionar un gran número de civiles) que resulta en una erosión evidente de apoyo y voluntad popular que observábamos ya anteriormente en Vietnam. Tenemos todas las razones para creer que perderemos en Irak a menos que hagamos todo lo posible y rápidamente a través de la aplicación de las lecciones aprendidas en cuanto a vencer en las guerras pequeñas.

Reacciones de escuelas de armas. Las armas de servicio deben plantearse la pregunta ¿Qué hacen nuestras escuelas laborales con respecto a la preparación de nuestros líderes y tropas para vencer no solamente en la guerra del futuro, sino también en la guerra actual? Las respuestas de estas preguntas me preocupan profundamente.

La medida principal de la autenticidad de nuestros líderes de tomar en serio cualquier tema determinado es el número de horas dedicadas para la enseñanza del mismo en el programa de estudios. Esta observación radica en mi experiencia como mentor y profesor al intentar ayudar a mis camaradas soldados para prepararlos para la Guerra de Vietnam y conflictos en América Latina. Aquellos que asisten a cursos opcionales—porque los consideran buenos y útiles— ya tienden a ser partidarios del tema y por ende no necesitan ser convencidos. Además, en un ambiente considerado por los estudiantes como oportuno para dedicarse al descanso con la familia y recuperación después del despliegue, es natural



Departamento de Defensa

Un soldado norteamericano entrevista a un aldeano con la ayuda de un intérprete en Irak, 2005.

tomar cursos opcionales (una gran parte de ellos toman cursos acerca del combate convencional) de los cuales ya uno posee un conocimiento suficiente para asegurar buenas calificaciones sin gran esfuerzo. Como consecuencia de ello, los cursos opcionales de *COIN* serán inherentemente ignorados.

La Infantería de Marina como la fuerza principal. En mi opinión, existen dos instituciones principales que abordan las necesidades urgentes del campo de batalla actual y los caprichos relacionados con un ambiente escolar castrense. Las mismas son la Escuela Superior de Guerra y la Escuela de Estado Mayor del Cuerpo de Infantería de Marina. En noviembre de 2005, aquélla presentó un curso de dos meses que incluyó 69 horas de análisis de las pequeñas guerras, insurgencias y terrorismo. Asimismo, la Escuela de Estado Mayor del Cuerpo de Infantería de Marina aparentemente está en el proceso de transformar completamente su programa de estudios principal, y ahora exige más de 170 horas de análisis dedicadas al estudio de guerras pequeñas de un total de 765 horas. En general, obligan a todos los oficiales de la Marina de Guerra a cumplir 300 horas de entrenamiento en el idioma árabe. Énfasis que el entrenamiento no es optativo, además forma parte del programa de estudios obligatorio de todos los oficiales de la Marina de Guerra.

Las otras Fuerzas deben reformular el programa de estudios de sus propias escuelas de manera similar

para poder enfrentar la amenaza *COIN* que enfrentamos hoy en día. Siendo un partidario del Ejército y sus soldados desde toda mi vida, sugiero respetuosamente que si el Ejército quiere transformarse de manera seria para lograr la victoria en la guerra actual debe establecer la conducción de guerras pequeñas como la materia central del programa de estudios principal en todas sus escuelas y fuentes de información.

Cambien o esperen que les ordenen cambiar. Tal vez, sería demasiado esperar que las distintas Fuerzas por sí mismas puedan rectificar estos problemas desde el interior. De nuevo la historia nos enseña una lección. A mediados de los 80, las Fuerzas resolvieron dedicarse solamente a la forma convencional del combate—incluyendo el Ejército—y lucharon arduamente contra las reformas legislativas, lo que resultó en el establecimiento de la nueva posición de Subsecretario de Defensa de Operaciones Especiales y Conflictos de Baja Intensidad así como el Comando de Operaciones Especiales de los EE.UU. El Congreso tuvo que imponer estas reformas cruciales a unas FF.AA. intransigentes. Los acontecimientos siguientes demuestran que estas reformas fueron absolutamente necesarias para abordar el aumento de enemigos implacables tales como aquellos que enfrentamos actualmente en Afganistán e Irak. No obstante, el transcurso de tiempo demuestra que estas reformas, tanto aplastantes como radicales en aquel entonces, no fueron suficientes para permitir la

rápida derrota de nuestros nuevos enemigos. Como consecuencia, al ser confrontados por los fracasos continuos en el campo de batalla que parecieron basados en parte en el hecho de desplegar líderes de grado intermedio con una inadecuada preparación educativa, los líderes del Ejército no deben sentirse atemorizados ni sorprendidos cuando el Congreso interviene y exige algunas modificaciones necesarias para reformar el currículo.

Los informes acerca de nuestra falta de preparación debido a la apatía generacional e institucional y nuestra falta de perspectivas son numerosos en toda la historia del Ejército. Desafortunadamente, esta tendencia histórica es aún evidente en los servicios de hoy en día. Antes del 11-S, los servicios podrían haber presentado el argumento convincente que, debido a la falta de cualquier enemigo específico, tal vez sea mejor dedicarse a combatir un enemigo, del peor que se pueda encontrar, en la próxima guerra grande. No obstante, el lujo del tiempo de paz ya pasó. Lo desagradable y la urgencia de las guerras pequeñas (en que estamos actualmente involucrados) cada vez más demuestran que estas guerras no son atracciones secundarias sino la principal de esta generación. Sin embargo, algunos sostienen que ya estamos perdiendo debido a no haber iniciado reformas de manera suficientemente rápida. El actual ambiente operacional exige la transformación inmediata de nuestro sistema educativo, programas de adiestramiento y doctrina para enfocarse en las guerras pequeñas.

Una modesta propuesta

Debemos aceptar que los EE.UU. anteriormente tenían dificultades en reenfocarse nuevamente desde el combate en guerras convencionales al abordaje de los aspectos desagradables del conflicto de baja intensidad. Definir el problema tal vez puede ayudar. Antes de emprender cualquier tipo de misión, desde el principio debemos entender la naturaleza de nuestra participación en estos conflictos. Por ejemplo, debe-

mos plantear la pregunta: ¿Acaso esta insurgencia pertenece a otros, tal como la de El Salvador, o es una en la que debemos defender nuestros intereses nacionales reales, tal como lo fue la Insurrección Filipina?

Debemos establecer la distinción entre las dos para determinar quien pagará la cuenta y quien derramará su sangre. Esta determinación puede clarificar cómo debemos avanzar. Si somos el jugador principal en una insurgencia que pertenece a otros, debemos cobrar ánimo para aguantar algunas experiencias virulentas hasta que nuestros anfitriones hayan desarrollado una motivación suficiente para abordar las causas primordiales del conflicto y combatan por su cuenta y riesgo. Por otra parte, si somos capaces de ayudar, asesorar y apoyar a nuestro anfitrión en la conducción de su guerra, debemos establecer una influencia fuerte y no ser temerosos en usarla para insistir que nuestro anfitrión cumpla con las tareas difíciles (por ejemplo: reformarse y combatir de manera más inteligente).

En cualquiera de los dos casos, la solución es (y siempre ha sido) analizar correctamente el problema *antes de* ordenar los remedios. Estas guerras pequeñas, prolongadas, como la Segunda Guerra Seminole, la Insurrección Filipina y Vietnam dieron lugar a dificultades dentro de nuestro país y en el campo de batalla. El análisis de estos conflictos antes de comprometerse puede proporcionar grandes provechos.

Para llevar a cabo el análisis y apoyar el estudio de insurgencias y *COIN*, véase **la tabla analítica** de este artículo. Esta tabla puede apoyarnos o también a nuestro anfitrión para considerar una insurgencia como algo aparte del proceso del comandante para hacer apreciaciones de operaciones de combate. Por lo menos, esta tabla debería servir como una herramienta que al menos represente el principio del desarrollo de modelos más sofisticados. **MR**

NOTAS

1. Russell F. Weigley, *The History of the United States Army* (Nueva York: MacMillan Publishing Company, 1967), pág. 161.

2. Jeffrey Race, *War Comes to Long An* (Berkeley, California: University of California Press, 1972).

3. Robert W. Komer, *The Bureaucracy Does Its Thing: Institutional Constraints on US-GVN Performance in Vietnam* (Santa Monica, California: Rand Corporation, R-967-ARPA, 1972), pág. 45.

4. Andrew F. Krepinevich, hijo, *The Army and Vietnam* (Baltimore, Maryland: The Johns Hopkins University Press, 1988).

El Coronel (Retirado) John D. Waghelstein, Ejército de los EE.UU., es instructor de la Escuela Superior de Guerra Naval, Newport, Rhode Island. Recibió su licenciatura de Western Maryland College, su Maestría de la Universidad de Cornell y su Doctorado de la Universidad de Temple. Es egresado de la Escuela de Comando y Estado Mayor del Ejército de los EE.UU. y la Escuela Superior de Guerra del Ejército. Sirvió en posiciones de mando y estado mayor de las FF.EE. en Panamá, El Salvador, Bolivia, Vietnam y en el territorio continental de los EE.UU.

ANÁLISIS DE LA CONTRAINSURGENCIA

Asuntos

¿Cuáles son las quejas de la población? ¿Son válidas?

- ¿Cuáles son las razones por su malestar?
- ¿Son las quejas articuladas por los insurgentes y la población similares? Debe comparar estas quejas con las opiniones del Gobierno anfitrión o de los contrainsurgentes respecto a las razones del malestar.
- ¿Se esforzó auténticamente el Gobierno en abordar estos asuntos?

Objetivos

- ¿Cuál es el objetivo final deseado por los insurgentes?
- ¿Cuáles objetivos sociales, económicos y religiosos han sido articulados?
- ¿Existen otros objetivos que no han sido articulados?

Catalizador (las fuerzas)

- ¿Cuál es la composición social, política, religiosa y cultural del liderazgo de la insurgencia, de la militancia de la insurgencia y de la población?
- ¿Existen diferencias y son acaso cruciales?
- ¿Existen más grupos insurgentes? si es así ¿Trabajan de manera coordinada o no?
- ¿Cómo se organiza la insurgencia?
- ¿Cuáles son las fuerzas de la organización?
- ¿Existen algunas diferencias entre los elementos políticos/dirección y los elementos coactivos?
- ¿Existen divisiones/debilidades dentro o entre las organizaciones insurgentes?
- ¿Existen organizaciones rivales de movilización social/política?

Legitimidad

- ¿Se esforzaron los insurgentes para establecer o sostener la legitimidad? ¿Cuál ha sido la reacción popular o internacional?
- ¿Qué esfuerzos se realizaron para internacionalizar al conflicto? ¿Cuál ha sido la reacción a estos esfuerzos?

Apoyo (centro de gravedad)

- ¿Depende la insurgencia hasta un cierto punto del apoyo popular local?
- ¿Qué forma de apoyo provee la población?
- ¿Qué representa este apoyo respecto a la identificación popular con los objetivos de los insurgentes?
- ¿Existen otros factores étnicos, religiosos, raciales o tribales?
- ¿Es crucial este apoyo para la insurgencia?

- ¿Cómo es proveído el apoyo? ¿de buena fe o forzado?
 - ¿La interdicción pone en peligro el apoyo interno popular?
 - ¿Cómo afectan la distribución de apoyo tanto la geografía como demografía?
 - ¿En qué se diferencian el apoyo entre las áreas urbanas y rurales?
 - ¿Ofrecen ciertas regiones más apoyo que otras?
 - ¿Cuenta la insurgencia con apoyo externo?
 - ¿Cuál es la naturaleza y las fuentes de este apoyo?
 - ¿Es crucial este apoyo externo para el mantenimiento o éxito de la insurgencia?
 - ¿Acaso la interdicción pone en peligro el apoyo?
 - ¿Cuál es la composición verdadera de la insurgencia?
 - ¿Existen oportunidades para la interdicción?
 - ¿Hasta qué punto están armados los insurgentes?
- ### Factores de coerción (las fuerzas)
- ¿Cuál es la estrategia coactiva de la insurgencia?
 - ¿Cuáles son los puntos fuertes y débiles inherentes en esta estrategia?
 - ¿Cuáles ejemplos de fuerza/coerción usan los insurgentes (la guerra de guerrillas, terrorismo, tácticas, armas, etcétera)?
 - ¿Cuál es el impacto neto actual de la fuerza/coerción usada por las fuerzas de contrainsurgencia?

Otros factores (tiempo y espacio)

La historia

- ¿Cuándo empezó la insurgencia?
- ¿Existe una experiencia o un legado de insurgencias anteriores en esta área de operaciones, país o región?
- ¿Cuáles son las implicaciones de este legado?

El ambiente (espacio)

- ¿Cuáles son los factores principales de espacio? Por ejemplo: aspectos geográficos, topográficos, climáticos, etcétera.

Asuntos Públicos

- ¿Cuáles son los aspectos del ámbito de asuntos públicos?
- ¿Cuáles son las tareas de cada uno en este ámbito?
- ¿Cuáles son los medios empleados (prensa escrita, televisión, radio u otros)?
- ¿Quiénes vencen en la campaña de propaganda/información?

Otros Asuntos

- ¿Existen otros factores/variables/asuntos que deben ser incluidos en este análisis?

*El Coronel (R) John D. Waghestein, Ejército de los EE.UU., desarrolló esta tabla analítica para el Departamento de Operaciones Conjuntas de las FF.AA. de la Escuela Superior de Guerra Naval. La formuló para apoyar su clase en el análisis de insurgencias y COIN.